

3 de enero
OCTAVA DE NAVIDAD



**EL AMOR
DE DIOS PADRE:
UN AMOR
GRANDE,
INCOMPRENSIBLE**



Juan 1,29-34

**“Este es el
Cordero de Dios
que quita el
pecado del
mundo.”**



De nuevo, Juan Bautista señala al Niño que estos días veneramos en Belén. No debemos apartar nuestra vista del pesebre, porque en él se hallan encerrados todos los secretos del Amor de Dios. El semblante del Hijo nos aporta el verdadero rostro del Padre: el Niño es Víctima; el pesebre, altar; los pañales, corporales. Los brazos de María ya ofrecen al Padre su Tesoro para que nuestros pecados sean perdonados.



Entre Belén y el Calvario hay una misteriosa asociación.

Nuestros pecados ya se arremolinan en torno al pesebre, pero, más grande que nuestros pecados, en el pesebre se manifiesta el Amor de Dios, quien no ha dudado en entregarnos a su propio Hijo como Víctima que asimila nuestras dolencias y carencias y las lleva sobre Él al matadero.



Dios nos ha dado su Tesoro, a su propio Hijo, sabiendo que lo romperíamos; pero aun así nos lo dio para que, roto, fuese su entrega la que limpiase nuestras culpas. El Dios-con-nosotros da cauce a nuestra Salvación y Alegría. Nunca nadie nos ha amado tanto ni más: Cristo es Dios, y yo, no soy más que un pobre ser limitado; Cristo es Santo, y yo, un pobre y débil pecador; Cristo es Señor, y yo hago lo que puedo para seguirle.



Tenemos motivos para llenarnos de alegría y empezar el año nuevo en la confianza del Dios-con-nosotros que se nos ha acercado manso, humilde y Salvador. Nadie nos puede quitar esto: a pesar de nuestra debilidad y de nuestro pecado Dios nos ama, nos ha hecho hijos suyos y nos destina a una eternidad con Él. Llamarnos y ser hijos de Dios es la mejor gracia de la Navidad.

**Por obra y gracia
del Espíritu Santo
somos una raza nueva:**



**la de quienes se saben
amados de verdad
por Dios Padre y viven
con Cristo Jesús
y contra el pecado.**